



RETRATO
EN
BLANCO Y NEGRO

.....◆.....
ANGELO B. PEREIRA

SAÚCo
COLECCIÓN

Angelo B. Pereira

RETRATO
EN
BLANCO Y NEGRO



2

EL PASTEL DE LA FURIA

LOS PREJUICIOS siempre existieron. Es algo realmente curioso. Pocos meses después de su llegada fuimos juntos a la oficina de correos de Largo do Machado. Había una cola inmensa. El niño estuvo corriendo de aquí para allá todo el tiempo; es imposible mantener quieto a un niño cuando se está esperando en una cola. Pasaba cerca de mí, daba un salto y gritaba “papá”. Una señora que estaba delante de mí no aguantó más y me espetó:

–¿Es hijo suyo? ¡Qué simpático! Seguro que ha salido clavado a la madre.

–No sé, no la conozco –le dije.

Se quedó pasmada, mientras yo seguía tan serio.

A veces los prejuicios aparecen donde menos se espera. Un domingo fuimos a volar la cometa al Aterro do Flamengo. Carente de toda maña, después de mucho luchar conseguí poner la cometa en el aire. De repente apareció un hombre vendiendo unas bolsitas de galletas. Pedro Paulo en seguida quiso una (siempre quiere todo lo que ve). Llamé al hombre y le dije:

–¿Cuánto cuesta la bolsita?

–“Son cincuenta centavos –dijo el hombre.

–¿Le puede dar una al niño, por favor? –le pedí.

Con la mano izquierda conseguí sacar una moneda del bolsillo del pantalón, ya que la derecha luchaba por mantener la cometa en el aire. Pagué

al tipo y le di las gracias una vez más. Cuando ya se marchaba, se dirigió al niño:

—¿Qué es lo que se le dice al señor?

Pedro le miró sin entender: —¿Qué señor?

Yo tampoco entendí lo que quería decir.

—Da las gracias al señor por los dulces, chaval —insistió.

En ese momento caí en la cuenta y dije:

—En casa no somos tan cumplidos. El niño es mi hijo.

—¿Su hijo? —dijo él mirando atónito a uno y a otro alternativamente. —Disculpe, ¿cómo iba yo a saberlo?

—No tenía por qué —le contesté yo. —No importa. Hasta luego.

Y el hombre se marchó.

Yo estaba tomando una caña con unos amigos en el Barril 1800, en Ipanema, y estaba sumergido en una conversación muy animada. Pedro Paulo tenía entonces unos tres años y medio, y estaba comiendo sus patatas fritas con guaraná en una de sus raras treguas de buen comportamiento. De repente desapareció, yo me puse de pie de un salto y comencé a buscarlo. Los niños traviesos son así: parpadeas y desaparecen. Al instante le encontré, justo en el momento de presenciar una escena que casi me tiró de espaldas. Él había ido más allá de la valla que protege las mesitas del paseo y estaba con la nariz pegada a la mesa de una pareja con niños. Vi cómo la mujer, visiblemente contrariada, le daba una alita de pollo intentando desembarazarse de él. Sé que no es fácil enfrentarse a un niño pequeño con cara de “dame un trocito”. Lo agarré por el brazo, educadamente le dejé aceptar la invitación, le di las gracias a la mujer por su amabilidad y le pedí disculpas. De vuelta a la mesa, mientras nos comíamos sus patatas fritas, le obligué a comerse entera la alita engrasada.

—¿Quién te manda?

Aparte de eso le di el debido repaso por la tentativa de evasión e incluso conseguí mantener la calma durante la cena. Habría que ser completamente ciego para no darse cuenta de que Pedro Paulo se parece a un niño de la

calle tanto como yo a Brad Pitt. Está limpio y bien cuidado, bien vestido y recibe la mejor educación posible. Me puse furioso.

Bueno, creo que esto es una clara demostración de prejuicio. Pero esto ya viene de largo, conozco centenares de anécdotas, dichas tanto a mis espaldas como en mi cara, en las situaciones más diversas. Los prejuicios son como una ametralladora giratoria que escupe fuego contra todo lo que es diferente a nosotros. Todo lo que no entendemos hace que se nos caiga el plato al suelo para provocar la risa (es objeto de sarcasmo y mofa); ya se trate de negros, homosexuales, deficientes físicos, ciegos, pobres, gordos, judíos –los campeones mundiales de charlotadas– o cualquier otra minoría. A veces se presenta con discretos contornos insospechados, pero principalmente contra los negros puede llegar a adquirir tintes de crueldad que nos hacen sentir vergüenza de pertenecer a la raza humana. Me pregunto cómo es que todavía puede existir este tipo de prejuicios en un país en que el 65% de la población está compuesta por no blancos. ¿Cómo podemos incluir a todas estas personas en el saco de las minorías y tratarlos como tal? Y ésta no es una característica exclusiva del pueblo brasileño. Ni en los países de mayoría blanca, llamados civilizados, donde su idioma utiliza una gramática que consideramos compleja, escapan de esa mancha, de esa etiqueta. Y es que todavía chapoteamos en el fango del primitivismo y la barbarie social. Y con la cara roja de vergüenza, me veo forzado a admitir que en cuanto a civilización se refiere, fallamos. Nuestra especie es sociológicamente inviable. Lo mínimo que podemos hacer para combatir este cáncer es hablar sobre él siempre y en todas partes, exponer esta lacra y reducirla a lo banal, al ridículo. Si cada uno se ocupase tan sólo de sus propios asuntos, ya le estaría haciendo un gran favor a la comunidad. No hay nada gracioso en criticar a los que son diferentes, en ridiculizar a las minorías. Humor no rima con escarnio. ¿Acaso lo divertido no es precisamente lo diverso?

En otra ocasión fui a un supermercado. No estaba abarrotado de gente, incluso podría decir que estaba relativamente vacío. Era uno de esos viernes de una semana interminable. Yo estaba parado frente a una estantería comparando precios y metiendo cosas dentro del carro. Pedro estaba detrás de mí, cogiendo unas galletas de otra estantería y metiéndolas en su carrito, uno de

aquellos pequeños para niños. De repente derribó una montaña de paquetes de pan tostado. Vino entonces una señora empujando su carro con cara enfurecida y agarró al niño por el brazo empujándolo, miraba de un lado para otro gritando que era irresponsable que una madre dejara suelto a un niño pequeño en un supermercado.

—Va a destrozarlo todo, ¿dónde se ha visto esto antes?, ¿adónde vamos a ir a parar? —Y en medio de su acceso de furia, miró hacia mí y me preguntó: —Señor, ¿no sabrá por casualidad dónde fue la madre de este chiquillo?

—Está usted hablando con ella, ¿por qué? —dije mirándola a los ojos.

—Perdone, ¿el niño es suyo? —preguntó sorprendida.

—Pregúntele a él —contesté yo.

Se quedó tan desorientada que se marchó de allí rápidamente.

En ese momento recordé a un amigo que estuvo viviendo en casa una temporada. Persona de pocas letras y corazón generoso, a la que le gustaba resolver estas pequeñas querellas del día a día a tortazo limpio. Sin vuelta de hoja, si le tocas las narices, te llevas una galleta. Por suerte, nunca las probé. En una ocasión, infló a golpes a un tipo sólo porque estaba borracho en una fiesta y vomitó en el cuarto de baño, ensuciándolo todo. Yo miraba la escena con aire desganado, pues aquel baño vomitado durante la fiesta acabó en una enorme jarana, que comenzó por la indiferencia de un invitado que me da en la nariz a mí que recibí lo suyo a las tres de la mañana. Resulta increíble. Por un momento consideré la posibilidad de calentarle la cara a aquella mujer, pero no abrí la boca, conté hasta diez, me di media vuelta y me marché de allí.

Los casos de prejuicios explícitos y directos se dan cada día. No puedo sentarme a contarlos todos, pues no enriquecerían nada esta narración y, además, algunos días después de que ocurran termino por olvidarlos. Sin embargo, hay otro episodio que me dejó planchado como nunca antes había ocurrido, dado que siempre me consideré civilizado y muy por encima de los arrebatos de furia directa y explícita. Una noche de domingo fuimos al videoclub a alquilar una película. Como siempre, hacía mucho calor. Antes de llegar a casa me paré en un bar de Largo do Machado para tomar una caña para refrescarme la garganta. Es muy común en Río de Janeiro que los bares sirvan la bebida en

la calle, por fuera de la barra, donde los feligreses se sientan en los bancos a observar a los transeúntes y disfrutar del ruido de los coches. Muchos bares tienen sus mostradores al límite y las personas no tienen otra alternativa que la de tomarse sus bebidas de pie, como única solución, fingiendo disfrutar así.

Pedí la caña en el mostrador y me senté en el banco de la calle. Pedro Paulo, de puntillas, asomó su nariz por encima del mostrador.

—¿Me da una coca-cola?

—No tengo —dijo la persona que atendía en la barra.

—Entonces, ¿me da un guaraná? —insistió Pedro.

—Tampoco tengo —repitió.

Eso llamó mi atención y me quedé mirando.

—¿Qué tienen de beber, entonces? —dijo Pedro.

—Para ti nada, chaval. ¿Tienes dinero —gritó.

De un salto, golpeé el vaso contra el mostrador y grité:

—Da inmediatamente la jodida coca-cola al niño, so bocazas. Si no, te meto el puño en esa mierda de cara que tienes ahora mismo.

—¿El niño está con usted? Disculpe —dijo el sujeto con la voz súbitamente dulce.

—Me olvidé de presentarle, caballeros — continué yo—. Señores, éste es mi hijo.

La gente se acercó. Todo el mundo miraba la escena, esperando el puñetazo.

Salió entonces el dueño, con la bayeta grasienta de limpiar las mesas alrededor del cuello y preguntó qué estaba pasando. No respondí. Tiré sobre el mostrador el precio de unas diez cañas y diez coca-colas, agarré la mano a Pedro Paulo y nos marchamos bajo la mirada incrédula de todos. Yo estaba asustado por la escena que acababa de protagonizar.

Llegué a casa tan alborotado que necesité preparar una tarta para calmarme. La receta varía de acuerdo con la gravedad del problema: unas veces lleva más azúcar y otras, menos. No se preocupe si no acierta demasiado con las cantidades, el objetivo de esta receta no es tanto comerla como prepararla. Creo que ese día, si no me falla la memoria, hice esta receta, pues es sencilla y rápida, para emergencias. Es como tomar unas gotas de la poción mágica de

las flores de Bach en medio de una crisis de depresión, como tratar una infección con homeopatía, decir una oración o cantar un mantra o un himno. Realmente no va a solucionar nada, pero tampoco hace ningún mal. Y sobre todo es placentero.

Pastel sencillo de maíz

(Receta conseguida a través de muchos intentos y errores)

Ingredientes:

- 3 huevos*
- 2 vasos de harina*
- 1 vaso de fubá (harina de maíz)*
- 2 vasos de azúcar*
- 1 vaso de leche (hasta el borde)*
- 100 g de mantequilla*
- 1 pizca de sal*
- 1 cucharada sopera de levadura en polvo (tipo royal)*
- 1 cucharadita de té de hierba dulce*

Modo de preparación:

Batir las yemas con el azúcar y la mantequilla.

Añadir la harina, el fubá (harina de maíz) y la leche sin dejar de batir.

Después agregar la levadura, la pizca de sal y la hierba dulce.

Finalmente, añadir las claras batidas a punto de nieve.

Hornear a 160 grados durante 45 minutos. Esperar a que comience a oler a bollo en la cocina antes de comprobar si ya está listo. ¿Cómo medir la temperatura si tu horno no tiene termómetro?

Bueno, yo personalmente meto la cabeza dentro, pero seguro que hay otros métodos menos radicales.

Si lo deseas, mientras estás batiendo la pasta puedes ir hablando de aquellas cosas que consideres adecuadas para la ocasión. Puedes usar el vocabulario que consideres más apropiado, no afectará a la receta. Si quieres, también puedes llenar de alfileres un muñequito de vudú e ir clavando cada alfiler según agregues los ingredientes. Tampoco provocará ninguna diferencia en el bizcocho y sin embargo, algunas personas se sentirán bastante mejor. Si la rabia o la frustración fuera mucha, puedes quemar el azúcar en un recipiente y colocarlo en el fondo del molde debajo de una capa de plátanos cortados longitudinalmente en tiras.

Observaciones:

Para que sea realmente efectivo el bizcocho, no se debe usar la batidora eléctrica. Debe batirse a mano.

Cuando recuerdo los días que precedieron a la llegada del niño, comprendo que ya estaba decidido. Hoy sé, y en realidad siempre supe, que tomé aquella decisión en el mismo momento en que cogí al niño entre mis brazos por primera vez. Asusta tener que admitirlo, pero fue así como sucedió. A partir de ese momento comprendí que él era mi hijo y necesitaba traerlo a casa; entonces todo resultó muy fácil. Creo que fue por eso por lo que las cosas se resolvieron tan rápidamente. Sabía exactamente lo que quería y con tal seguridad que no podía huir. ¿Hacia dónde huirías si supieras que tienes un hijo viviendo en un orfanato? Por otro lado, no me gustaría dar la impresión de que el Ministerio Público estaba facilitando precipitadamente el proceso de adopción. No es tan simple como llegar allí y escoger a un niño. Las entrevistas fueron exhaustivas y las preguntas, muy selectivas. Hacían mucho énfasis en que no buscaban un niño para una familia, sino que buscaban una familia para cada niño. El personal dejaba siempre muy claro que no pretendía en ningún caso librarse de los niños que residían allí. Cada niño que se va es una pérdida para ellos. Consideran las adopciones como un mal necesario. Aquí, en el edificio donde vivo, las asistentes sociales interrogaron a los porteros sobre mis hábitos y el tipo de vida que llevo y las visitas que recibo, preocupándose mucho por el bienestar del niño. Gracias a Dios fueron muy discretos. Está claro que no soy un santo, pero mi casa tampoco es un picadero; si me esfuerzo un poquito, podría incluso recordar el nombre de cada uno de los que atravesaron aquella puerta, por lo tanto no había nada que pudiera reprocharse sobre mi conducta. No me sentí invadido. Investigado sí, pero no invadido. Encuentro justificada su preocupación por la idoneidad del candidato. La ciudad está repleta de locos especialistas en las perversidades más refinadas.

Hay también otro factor que influyó en mi decisión de adoptar. Poco tiempo antes yo había leído en un periódico una entrevista con el Dr. Siro Darlan, juez de Primera Instancia de Infancia y Juventud, hombre de mente clara y de opiniones polémicas que ya le habían costado la antipatía de sus colegas jueces. En la entrevista decía que el concepto tradicional de familia había cambiado tanto en las últimas décadas que resultaba difícil definir lo que era realmente una familia. La ley que regula y defiende los derechos de

los menores en Brasil, el Estatuto de la Familia y de la Adolescencia promulgado en 1990, declara que: “La adopción será efectiva cuando presente ventajas reales para el adoptado y se fundamente en motivos legítimos”, y describe asimismo una serie de requisitos exigidos a los candidatos, sin hacer, en cualquier caso, referencia alguna a su orientación sexual. La Constitución Federal de 1988 garantiza el derecho de adopción a los adultos solteros mayores de 21 años y que sean al menos 16 años mayores que el adoptado, siempre que reúnan los requisitos requeridos por el Estado para convertirse en padres adoptivos. Lamentablemente, esta interpretación literal del texto es puesta en práctica a lo sumo por media docena de jueces en todo el país.

No obstante, la interpretación de la ley hecha por el juez Luiz Carlos de Barros sigue otro razonamiento, según expresa en su libro *Guarda. Questiones controvertidas*. Basándose en la Constitución, este juez, creador de un sistema informatizado para agilizar los procesos de adopción en el país, dice que la Carta Magna brasileña reconoce como entidad familiar la unión estable entre un hombre y una mujer, siendo, por lo tanto, absolutamente imposible conceder la adopción de menores a parejas homosexuales.

Si el Dr. Siro Darlan debilitara su férrea oposición y cediera, no sé qué política prevalecería en la concesión de adopciones en el Estado de Río de Janeiro. En una entrevista comentó que en muchas ocasiones la criatura tiene padre y madre, pero por motivos ajenos vive con los abuelos. Otras veces, sólo tiene madre o sólo padre. En ocasiones, tiene padre y madre, y sin embargo es otra persona de la familia quien realmente lo cría. Incluso se da el caso de que viva con ellos, pero no haya sido adoptado por sus propios padres, viviendo en un estado de orfandad dentro de la propia casa. Paternidad y maternidad quedan, entonces, reducidas a una mera función social de las muchas que desempeñan. El ser humano tiene pocas relaciones biológicas, pero, en cambio, tiene muchas relaciones adoptivas. Las personas adoptamos todo: marido, mujer, amigos, cultura, idioma, comportamiento, profesión, etc. El mito de que el amor está cimentado en los vínculos de sangre está desmoronándose. Así pues, cualquiera puede formar una familia siempre que se amen y respeten mutuamente.

Siguiendo este razonamiento concluí, por mi cuenta, que la familia, entonces, puede ser un hombre con una mujer, dos hombres o dos mujeres. ¿Por qué no un adulto y un niño?

Creo que hay cosas, en lo cotidiano de una familia, que el hombre hace mejor que la mujer y viceversa debido a la propia estructura de la sociedad moderna. Cuestiones relacionadas con los problemas en el sistema de inyección electrónica del coche o el cambio de las ruedas resultan generalmente más fáciles para las manos del hombre; sin embargo, la elección de un vestido de niña, hacer una coleta, poner una cinta en el pelo o preparar la comida resultan menos complicados para una mujer. Puede parecer trivial, pero no lo es. Es una cuestión absolutamente seria. Hay ciertas peculiaridades, algunas de ellas triviales en el día a día de una casa con niños, que pueden transformarse en verdaderos caballos de batalla en las manos poco hábiles de un hombre. Si además de cuidar la casa, al marido y a los hijos, la mujer trabaja fuera, irá derecha al cielo cuando muera o, mejor, será recogida inerte de los campos de batalla y llevada en brazos por hermosas, rubias y seductoras valquirias e irá al Valhalla para formar parte de ese reducido y selecto grupo de heroínas abatidas en combate. Ellas no necesitan ninguna oración, tienen la entrada garantizada de pleno derecho. Si son capaces de administrar la propia casa y la familia, aliviando de esta forma al marido de tales preocupaciones y propiciando una atmósfera de paz y armonía para que él pueda trabajar mejor, ya habrán hecho muchísimo. Eso es indiscutible. En ocasiones estoy dando clase y llama la niñera, que quiere saber qué hacer para comer. Es para ponerse a gritar. Pero debo mantener la calma, no grito ni me altero y rápidamente doy las instrucciones necesarias. Es preciso ser mil y una personas para saber llevar una casa por teléfono. No se trata de machismo. Si tiene cualquier duda, inténtelo. Si, en el caso de una familia tradicional, el hombre se encarga de gestionar los recursos para mantener a la familia, proveyendo alimentos, educación, salud, etc., y la mujer es la responsable de mantener la casa en orden, a los hijos bien cuidados, limpios y educados, y además ninguno de los dos se siente explotado por el otro, ¿qué mal puede haber en eso? Las feministas pueden patalear tanto como quieran, pero ése es el modelo que mejor funciona en una familia con hijos.

Es perfecto, uno complementando al otro. Conozco algunos hombres casados que dependen de sus mujeres de la misma forma que dependieron de sus madres. Cuando ella regresa de viaje, en no pocas ocasiones se encuentra al marido acampado en el piso viviendo en estado de semiindigencia: los calzoncillos sucios y las colillas de los cigarrillos desparramadas por toda la casa a discreción. En ese momento tiene lugar esa escena que todos conocemos: ella madraza provisora, él niño grande y dependiente. La bronca puede durar hasta una semana. El que lo ve desde fuera cree que todo eso va en serio. En realidad, él se está haciendo el ofendido, pero en el fondo le encanta. Di la verdad: ¿puede haber algo mejor que saber que alguien te necesita?

Con todo, la presencia de un padre y una madre no garantiza que el niño vaya a ser una persona equilibrada. Muchas veces padres amantísimos producen bestias que no hacen sino llenar las páginas de los periódicos policiales. Entonces es cuando entrevistan a la madre en televisión y ella, con grandes aspavientos, jura no saber lo que ha hecho mal. Probablemente nada, la personalidad de cada uno se desarrolla a su manera. Cada uno se identifica con lo que más le atrae. Sin embargo, ella sigue amando a su hijo de manera insensata y morirá jurando que su hijo fue influido por las malas compañías. Que razón tiene Dercy al decir que el amor de una madre no avergüenza nunca. La gente se pasa la vida entera con el cincel en la mano esculpiendo la piedra bruta de su persona, su ópera prima y, después, de repente, ¿pretendemos atribuir a otro artista los laureles de nuestra creación? La verdad es que la incertidumbre del futuro es la misma en cualquiera de los ambientes donde el niño es criado. ¿Se han dado cuenta de que los hijos de la generación del “poder de la flor” (*flower power*), aquella pandilla de locos de los años sesenta e inicios de los setenta están casándose ahora de largo y con velo (con papeles y todo...)? ¿Vieron al hijo de aquel roquero? Parece una plaga.

No tengo ninguna paciencia con esos viejos porreros que parecen recién llegados de Woodstock. ¿Hay algo más pasado de moda que fumar marihuana? Entre uno y otro reclaman por todo: que la nueva generación está alienada, es superficial; el materialismo y el capitalismo salvaje consumen lo más preciado que los seres humanos poseen: la solidaridad. Los centros comerciales son

una plaga americana que asola el mundo. La música popular brasileña se acabó, todo es de plástico, desechable. Personalmente, creo que cada generación tiene su identidad, sus cosas buenas y sus ruindades. En la naturaleza todo está enlazado y en movimiento. Lo nuevo dentro de poco será ya viejo y dejará espacio a nuevos valores. Sólo los tontos no pueden verlo.

Quien me oiga opinar así puede incluso pensar que soy un caradura hipócrita. Se equivoca. Yo mismo ya me fumé toda mi ración de marihuana y hachís en mis buenos tiempos de Alemania e Inglaterra. Fumé y asumo que tragué lo suficiente como para llegar a la conclusión de que mis locuras sin drogas, incluyendo las de las juergas, son más placenteras. Estoy en contra del abuso y la exageración. Por mí, podrían legalizarla, venderla en farmacias, ponerla en la masa del pan, no importa. La marihuana por sí misma no causa enfisema pulmonar. Por un lado, creo que cada uno debe ser responsable de sus actos y, por otro, jamás vi a un adicto a la cocaína o la heroína (los verdaderos villanos) que no comenzara probando la línea *light* de las drogas de fiesta.

ÍNDICE

Presentación	9
Prefacio	11
1. Tal y como tenía que ser	13
2. El pastel de la furia	23
3. Canción de cuna	35
4. Pedro Paulo, el niño	39
5. Primeros cuidados	45
6. ¡Qué vergüenza!	49
7. La explicación de Freud	61
8. ¿Militante yo?	83
9. La cuestión de la adopción interracial en Brasil	95
10. Los cuatro pasos	101
11. A cada día su mal	103
12. Superviviente	107
13. Adopción terapéutica	115
14. Apuesto	121
15. Para terminar	127
La historia de Angelo y Pedro Paulo contada por este último cuando tenía 8 años	131

SAÚCo
COLECCIÓN

Retrato en Blanco y Negro. Manual práctico de supervivencia para padres adoptivos solteros. Divagaciones sobre la adopción, los prejuicios, y la sexualidad.

Este libro superó el propósito de ofrecerse como un manual para padres solteros que se lanzan a la aventura de adoptar un hijo. Desmontando ideologías sobre la constitución de la familia y la educación de los niños, Angelo Pereira refleja, a través de él, una imagen nítida y perturbadora de prejuicios insostenibles y, sin embargo, todavía arraigados en las vísceras de nuestras costumbres con respecto de las diferencias étnicas y de la diversidad en el ámbito de la orientación sexual.

Con un sentido del humor sorprendente, el autor da dentelladas llenas de ironía inteligente y sagaz en el fruto prohibido de los axiomas religiosos, y a su vez cuestiona afirmaciones científicas sobre el embarazo, el nacimiento, y el lugar del niño en las distintas instituciones responsables de su formación, como la familia y la escuela. Así, nos hace reflexionar sobre la cuestión crucial de la adopción, donde está en juego no la crianza ni la supervivencia de un ser vivo, sino la formación de un sujeto. El reconocimiento de un ciudadano o ciudadana en la sociedad en la que ha nacido.

Angelo Pereira lleva a sus últimas consecuencias la máxima que dice “todo niño es adoptado”, y demuestra las frágiles estructuras imaginarias que se obstinan en reducir el proceso simbólico de la filiación a los lazos consanguíneos.

En un estilo que consigue capturar el placer de la lectura al mismo tiempo que pone negro en blanco y blanco en negro las dificultades cotidianas más inconfesables, este libro se ha convertido en un manual, no sólo para los padres solteros, sino para cualquier persona que quiera ser adoptada por la eterna novedad del mundo.

En la actualidad Angelo Pereira, su compañero, y su hijo viven en Río de Janeiro.

SAÚCo
COLECCIÓN

